

sobreponerse a estos avatares históricos hoy aún no del todo superados, para exponer con claridad una cuestión que se origina a principios del XX, se vuelve opaca a finales del mismo, y que el autor del libro no duda en sugerir –juzgue el lector si con razón– que en algún momento marcará el rumbo de la filosofía española del XXI.

Alejandro Rojas Jiménez  
Universidad de Málaga

HOLZAPFEL, C., *Nada*, Santiago: Ril Editores, 2018, 174 pp. ISBN: 9789560105707.

Hace unos meses fue publicado el libro del filósofo chileno Cristóbal Holzapfel *Nada*. Se trata de una obra compuesta de cincuenta y tres capítulos breves en los que el autor reflexiona sobre ese no lugar –en un sentido muy distinto al de Augé (2000)– donde nuestra vida se abisma. «La nada –dice Holzapfel (2018, p.12) desde el comienzo– está tan presente en nuestras existencias como el ser». ‘Nada’ es la respuesta que nos protege del interés inquiridor de los otros por nosotros (cap. 2); nada es el lugar de nuestra vida y el lugar de nuestros lugares (cap. 3); nada es aquello con lo que limitamos cuando nos concebimos como viajeros, «como un transeúnte entre el ser y la nada [...] entre la vida y la muerte» (Holzapfel, 2018, p. 19), cuando nos preguntamos por el sentido de nuestra existencia. Es, como recuerda el autor en el capítulo quinto al tratar de Heidegger, el tema de la metafísica; aquello de lo que la ciencia no trata, pero de lo que depende para ser lo que llamamos ciencia (cap. 5), es decir, para ser ese tipo de saber que se caracteriza por no cuestionarse por la nada.

Si está tan presente en nuestras vidas, cabe hacerla cuestión; pero ¿cómo cuestionarse por aquello que, precisamente, no es nada? Con razón decía Machado que «el ser carece de contrario [...] porque la Nada, su negación, necesitaría para ser su contrario, comenzar por ser algo. Y estaría en el mismo caso de la rosa, del pepino, de la comadreja» (Machado, 1982, p.79). Holzapfel, empero, nos invita precisamente a seguir el camino que consiste en olvidarse de lo que uno es para aprehenderse como ser sin más. «Siguiendo esta vía existencial –dice el autor– te habrás vinculado con la nada» (Holzapfel, 2018, p.28). Se trata de una vía existencial negativa vinculada a la otredad, al ser del otro. Y vinculada, sobre todo, a la posibilidad del límite absoluto. Nosotros somos; pero si somos y en tanto que somos, ¿qué hay más allá? Parménides,

recuerda el autor, concebía el ser como una esfera, pero eso nos empuja a cuestionarnos por aquello con lo que la esfera, para ser tal, limita; «¿sería el no-ser?» (Holzapfel, 2018, p. 36). Y nosotros, que estamos en este mundo cuestionando ¿dónde estamos? Pascal (1982, p. 129) decía que somos «un nada en comparación con lo infinito; un todo en comparación con la nada: un término entre todo y nada». Y si, en nuestro cuestionamiento, miramos desde esta posición a lo más pequeño y a lo más grande ¿es concebible que no haya término? Si somos ¿es que hay algo que no es? «La pregunta por el ser -dice Holzapfel (2018, p. 44) - ha generado la pregunta por el no-ser desde Platón hasta nuestros días». Se trata además de una pregunta que, en su desarrollo, ha permitido aprehender la diferencia y la individuación y el cambio permanente. En efecto, nos diferenciamos y cambiamos sin cesar; y lo hacemos asidos a un centro inmaterial, espiritual, a un logos que, recuerda el autor a Heráclito y a Leibniz, hace que todo sea lo que es (cap. 15). Y, con Heidegger, podemos preguntarnos por el ser concibiéndolo como el fundamento de lo que hay, de lo que está siendo, pero también podemos (¿debemos?) concebir el ser como el abismo sin fundamento: «¿por qué no ha de ser posible una metafísica del abismo?», nos espeta Holzapfel (2018, p. 54). Porque, en efecto, estamos sumidos en el abismo. Somos *algo* porque somos, pero en tanto *somos*, (no) somos nada. «El ser -afirma- es nada porque justamente es nada de lo ente, nada de lo que hay» (Holzapfel, 2018, p. 56). Para el autor, ese ser, ese ser de cada ente, está, por así decir, enlazado a lo que hay en un punto inmaterial de equilibrio, en la *ratio* o *logos* (que permite e induce, por cierto, el desequilibrio, esto es, el cambio). Si queremos alcanzar el ser, de lo que se trata es, precisamente, de negar lo que hay, porque es en esa negación como nos abocamos al ser que nos constituye.

Pero observemos nuestro existir. No es difícil percatarse de que ese punto de equilibrio, de ingravidez, forma parte de nuestra vida; lo percibimos en nuestra vida moral, cuando nos situamos, si seguimos a Aristóteles, en un punto medio, en relación a nosotros, entre el exceso y el defecto (cap. 21); lo percibimos en el arte que nos expresa, cuando buscamos la proporción (cap. 22); en el humor, cuando tomamos distancia de nuestro objeto (caps. 23 y 24); en el juego, cuando, diríamos con Huizinga o Caillois, nos distanciamos y nos movemos (caps. 25 a 27). Añádase a esto, continúa Holzapfel, el hecho de que desde la modernidad venimos concibiendo esa vida nuestra, ese nuestro mundo, como una representación y entendemos, pues, que el ser es lo que nos representamos y tal y como nos lo representamos. El mundo se hace nuestro, diríamos; y en esta apropiación del ser, el no-ser se nombra 'nada', lo que, dice acertadamente el autor, «habla de una cercanía cada vez mayor respecto del ser humano» (Holzapfel, 2018, p. 85). En Kant, de la cercanía que marca nuestros límites teóricos (cap. 31); en Fichte, de la cercanía de nuestros

límites prácticos (cap. 32); en términos generales, de la cercanía de todo lo que podemos ser porque no somos.

Todo ello, afirma, nos dirige al nihilismo de Nietzsche y a la nada activa, a la nada «que tiene efectos porque realiza el acto de negar» (Holzapfel, 2018, p. 98), a la nada que niega la vida. ¿Qué queda cuando no queda nada a qué asirnos con la seguridad ingenua de otras épocas? ¿qué queda, diríamos con Nietzsche, cuando Dios ha muerto? La propuesta de Holzapfel nos remite a Heidegger. Nos queda pensar; pensar el ser y, en consecuencia, pensar la nada. Nos queda hacer el esfuerzo por aprehender la nada. Y podríamos decir, como Epicuro en su *Carta a Meneceo* (aunque en un sentido muy distinto que probablemente él no le dio) «acostúmbrate a pensar que la muerte *nada es* para nosotros» (García Gual, 1996, p.135, cursiva mía). Ciertamente, de eso se trata; pero ¿cómo se acostumbra uno a pensar eso? Estamos más bien acostumbrados, por decirlo así, a darle sentido a lo que hacemos. Y precisamente por ello afirma Holzapfel (2018, p.111) que «el modo más cercano e inmediato como experimentamos la nada es la pérdida de sentido». Sin duda, de varias maneras podemos experimentar la pérdida de sentido; pero de manera radical, nos acercamos a la nada cuando negamos el ser y nos abocamos a la aniquilación (cabe también, desde luego, otro camino, que es el que, dice el autor, «nos conduce al ser, por una vía negativa» (Holzapfel, 2018, p. 115); la vía que supone la negación del ente).

En cualquier caso, resulta que vivimos dándonos sentido y nos vamos acercando inexorablemente al momento en que nada tiene sentido. ¿A quién podremos preguntar? ¿con quién hablaremos? Holzapfel nos exhorta a un vivir dialogado con nosotros mismos, valga la expresión. «Hurga en ti -nos incita- escudriña tu ser a fondo, en tu propio fondo abismal» (Holzapfel, 2018, p. 135). Ahí encontraremos lo sagrado; aprende a reconocerlo, nos dice, en la naturaleza y en la cultura, y encuentra «una nueva orientación en nuestro habitar en el mundo» (Holzapfel 2018, p. 139). Trasciende el ente, diríamos con Heidegger; pero también actúa, pues la nada «es la clave respecto de la acción» (Holzapfel 2018, p. 145) y vive, desde ti, con otros.

Las acertadas sugerencias de Holzapfel en esta obra son muchas y son variadas. Allí aparecen Heidegger, Ortega, Parménides, Aristóteles, Heráclito, Lévinas, Fink, Nietzsche, Kierkegaard, Adorno, Hegel, el Maestro Eckhart, Platón, Leibniz, Huizinga, Kant, Foucault, Fichte, Valéry, Weischedel, Franco Volpi o Caillois, por citar sólo a algunos; pero también están Octavio Paz, Umberto Eco, Leonardo, El Bosco, Molière, Beckett, Cervantes, Carroll, Silesius, Victor Frankl, Turgenev, Gutzkow, Michael Ende o Enrique Gallud. Con un listado así no es necesario añadir que es un libro completo. Pero es un libro también, yo diría, inacabado; un libro a la mitad, como si dijéramos, para el que se precisa la colaboración del lector, que tiene que añadir la otra parte;

la parte que tiene que ver con ponerse en situación de aprehender la nada, de estarse en la oscuridad y en el silencio, donde tiene lugar, como dice el autor, el comprender algo. Creo que si el lector no entiende eso, no ha entendido nada.

Se añade a la obra el anexo de Miguel Carmona «¿Cómo hablar de nada? Notas sobre *El único* y Stirner», donde, en pocas páginas el autor hace una exposición precisa de la obra de Stirner, que enlaza adecuadamente con el texto principal. La apropiación egoísta de la que habla Stirner supone el reconocimiento de uno mismo como nada creadora. El único, dice Carmona, no es más que «un nombre para la nada creadora que se asume como tal» (Carmona en Holzapfel 2018, p. 169); es decir, «el nombre correcto de la nada» (*ibid.*).

Íñigo Álvarez Gálvez  
Universidad de Chile

NIETZSCHE, Friedrich, *Humano demasiado humano*. Edición crítica, traducción y notas de Marco Parmeggiani Rueda. Madrid: Tecnos, 2019, 426 pp. ISBN: 978-84-309-7657-7.

Tras la publicación de las obras completas de Friedrich Nietzsche, la editorial Tecnos edita el primer volumen de *Humano demasiado humano*, publicado por primera vez en 1878, en una edición de bolsillo que trata de acercar el pensamiento del filósofo a un amplio público. Este volumen está acompañado, además, por un cuidadoso estudio introductorio realizado por el propio traductor e investigador Marco Parmeggiani Rueda, que sitúa la obra dentro del pensamiento y la trayectoria vital del filósofo y nos ofrece las claves para entender este nuevo estilo de filosofía y de escritura.

*Humano demasiado humano* es uno de los escritos más importantes del pensamiento nietzscheano, que marcó el punto de ruptura con su obra anterior y el inicio de sus escritos de madurez, dejando atrás la influencia de Wagner y Schopenhauer e iniciando lo que se ha venido a denominar «método genealógico». Mediante esta metodología Nietzsche adscribe a la filosofía una tarea esencial: desentrañar la «naturaleza procesual de la realidad». En otras palabras, se propone realizar un estudio de la génesis de nuestros conceptos y sentimientos para descubrir cómo creamos y desplegamos estas representaciones.

Para ello, como ha apuntado Marco Parmeggiani, empleará este